

AVENTURAS DE MOCHILA

Episodio 7

“Texas: 1867”

“¡Rowdy! ¡Ven acá! ¡Ven, acá, Rowdy!” Travis llamó al perro de raza Catahoula Leopard que galopeaba cuesta arriba por margaritas y otras flores. Mientras Travis se paró para respirar, él miraba el oscuro pelo jaspeado del perro partir las flores de colores brillantes como una cremallera. Con un salto, el perro desobediente desapareció en una arboleda de robles en la cima de la colina alta. “Qué malo,” él se susurró, “Te he perseguido por este pasto lleno de hoyos de conejos y por esta colina larguísima con esta mochila estúpida colgando de mi espalda como un costal de alimento. ¡No te escondas en esos árboles, Rowdy!”

Su voz hacía eco en la colina, pero el perro no volvió. Travis se esforzó para subir los últimos cincuenta pies de la colina y se volteó para mirar el campo abundante. Muchos pies debajo de él, podía ver pastos donde el ganado comía la hierba alta de la primavera. Una línea curvada de árboles seguía el serpenteante arroyo que separaba los pastos de los henares que bordeaban el arroyo Yegua a unas millas de distancia. Él pensó que podía ver trozos negros de la carretera 50 que iba tan recta como una flecha por millas de pastos de siembra en forma de rectángulos el color de esmeraldas, rojizo, o dorado. El valle del río Brazos es hermoso en la primavera, pensaba Travis. Que pena que el resto del Club no podía estar aquí en este hermoso día de abril.

Travis suspiró, y se volteó a ver la arboleda de robles que cubrieron la cima de la colina. No había maleza. Los árboles altos se extendieron arriba de él con sus ramos masivos entrelazándose, haciendo un techo luciente de hojas pequeñas. La luz del sol palpitaba desde el cielo azur y salpicaba el suelo oscuro de marga. Mientras sus ojos se acostumbraban a la luz palpitante, Travis se paró, sorprendido de lo que veía.

Lápidas estaban en una manera desordenada entre los troncos ásperos de los árboles ancianos. En algunos casos, cercas de hierro enmohecido rodaban un grupo de

tumbas. Monumentos altos dominaban el centro de algunos de estos grupos mientras bóvedas bajas de piedras cubrieron otros. Filas de cruces de hierro enmohecido inclinaban como espadas que fueron empujados con prisa en la tierra marrón hacía muchos años.

El corazón de Travis latía rápidamente mientras él entró por una brecha en la cerca deteriorada que marcaba el borde del cementerio. Él se esforzó en quitar su mochila de una alambre rota en que estaba enredada. De repente, ladró Rowdy, dándole cosquillas en el dorsal de Travis. Doce reyezuelos se volaron, tirando hojas caídas detrás de ellos.

“¡Rowdy! ¡Ven acá!” gritó Travis, de repente consciente de ser demasiado ruidoso en un cementerio. ¿No debía mostrar respecto a los muertos? Que importa si grito, él pensaba. No voy a molestar a nadie aquí. Solo vete a recoger el perro, una voz dentro de él le dijo.

Él corrió más adelante en las sombras, siguiendo un camino estrecho que daba vueltas entre los árboles. Sus pies hacían un crujido en la grava, y de nuevo él se sentía como si hiciera demasiado ruido en ese lugar silencioso y solitario.

“Rowdy. Ven, Rowdy,” él llamó en voz baja.

Au-uuuuuu... El aullido de Rowdy parecía lo de un coyote y venía de detrás de una tumba. Mientras Travis se apresuraba para agarrar el collar de Rowdy, el perro se quedó quieto, con la lengua colgando de la boca.

Rowdy se giró para mirar a Travis, con un ojo azul y uno café observando al chico con calma, como si hubiera estado esperando para que Travis llegara a ese lugar preciso. Rowdy se extendió las patas delanteras y puso la cabeza entre ellas.

“¿Qué es? ¿Qué quieres, bribón?” Travis se agachó y se acarició la oreja de Rowdy. El perro descansaba encima de una tumba, sus ojos mirando la lápida. Travis se bizcó para leer las letras oscuras.

“Sam Houston, Junior. Desde 25 de mayo de 1843 hasta 3 de mayo de 1894. ¡Wao! Esa debe de ser la tumba de Sam Houston. ¿O es de su hijo?” El miedo que había tenido Travis se cedió a su curiosidad. Ahora el cementerio viejo parecía tranquilo y pacífico. Rowdy no se quedaría tan quieto si hubiera algo peligroso aquí, ¿verdad? Travis pensaba en silencio. “¿Estarán enterrados otros famosos aquí?”

Travis andaba entre las lápidas, pasando la mano sobre la tallada piedra caliza, sintiendo el frío de los suaves monumentos de mármol. Hoxey, Bryan, Clay, Coles. ¿Sabrá Papá de este lugar? Se preguntó Travis. Él miró su reloj. Solo habían pasado treinta minutos desde que él dejó a su padre y al Sr. Clark, de quien Travis iba a comprar un ternero. Cuando los dos hombres empezaron a hablar de las pruebas de tuberculosis y brucelosis, Travis decidió hacer un poco de ejercicio con Rowdy, el perro pastor de seis meses del Sr. Clark y explorar el campo alrededor del pueblo pequeño de Independence.

Mientras iban a la granja del Sr. Clark, el Dr. Allen, el padre de Travis, había señalado unas ruinas en Old Baylor Park. Allí era adonde iba Travis cuando Rowdy cambió el plan.

Travis se paró enfrente de una lápida muy vieja. Las letras eran casi borradas, pero Travis podía leer “luchó en la Revolución Americana.” Travis silbó un poco. “Ésa sí que es una tumba antigua!” Él rodó un grupo de árboles para ver las tumbas en otra sección del cementerio, leyendo en voz alta. “1867. Murió en 1867. Falleció en 1867. 1866-1867. Eso fue solo un bebé. septiembre, 1867. Murió a la edad de 15 años, 3 meses, y 10 días, 1867. ¿Qué pasa con 1867?” Travis miró el reloj de nuevo. “Voy a llamar a Roman,” él dijo al perro que ahora dormía. Tecleó el número de su mejor amigo en el teclado de su computadora de mochila.

“¿Qué pasa?” Dijo la voz de Roman en la pequeña altavoz. “¿Has comprado el campeón de los terneros?”

“No, hombre, mi padre y el Sr. Clark están hablando todavía, así que fui a dar un paseo, o mejor dicho, una carrera con Rowdy, su cachorro. Por fin lo encontré y encontré también un lugar muy interesante. Roman, quiero encontrarte aquí, pero ahora no. Quiero decir, que vengas aquí ahora, pero nos encontramos en....en 1867.”

“¿En qué?”

“En el año 1867. Aquí, en este lugar. Necesito tu ayuda para saber qué es lo que pasó.”

“¿Lo que pasó a quién?”

“A un montón de gente. En 1867.”

“Travis, si no te conociera mejor, diría que la escuela secundaria te está volviendo loco,” bromeó Roman. “Tengo tus coordenadas geográficas, pero tenemos que decidir en una hora exacta si queremos encontrarnos en el pasado. Dime cuándo.”

Travis miró el reloj. “A las tres de la tarde. Em, hoy, el 21 de abril, en honor del General Sam.” Él tecleó la hora y la fecha en su teclado.

Roman contestó. “A las tres de la tarde, el 21 de abril. ¿General quién? O, olvídale. Me lo puedes decir luego. ¿1867?”

“1867.”

“Uno, dos, tres. ¡Vámonos!”

Cuando los colores dejaron de girar alrededor de Travis, él podía ver la mirada sorprendida de Roman. Los árboles no eran tan grandes como Travis los había visto la primera vez, pero estaban empezando a formar un “techo” de hojas. Había menos tumbas, no había la cerca, y había flores donde había más sol. Las colinas estaban cubiertas de altas hierbas nativas que oscilaban y bailaban en el fresco viento de abril. Travis podía oír truenos en la distancia.

“Bueno, Sherlock, ¿Qué es ese misterio tan grave? Te puedo decir lo que pasó a la gente aquí. Se murió. Resolvimos el misterio. ¿Puedo regresar a casa ahora? Pensé que íbamos a encontrarnos en un lugar interesante, no frío y aburrido. ¡Vámonos!” Roman agarró el teclado de su BPC ansiosamente.

Travis miró de reojo a su mejor amigo. “Espérate, cobarde, falta algo. Ningunas de las lápidas de 1867 están aquí. Averiguamos algo...”

“¡Buu!” Travis y Roman saltaron hacia atrás cuando una joven saltó enfrente de ellos. Había estado escondida detrás de una tumba de seis pies de largo. Su cabello largo y castaño claro estaba atada con una cinta color celeste que hacía juego con su vestido desteñido de algodón azul que iba hasta la pantorrilla.

“Oh. ¡Disculpa por asustarles!” la joven dijo entre carcajadas. Ella se agarró la panza y se rió tan fuertemente que Travis pensaba que despertaría a los muertos.

Tranquilándose, ella arregló el vestido y puso las manos enfrente, mirando de cerca a los dos jóvenes que quedaron sin palabras.

“Por favor, perdonen mi transgresión. Pensé que eran mis hermanitos, yendo a atormentar mi soledad. Estoy escondiéndome de tres bribones. Se visten raros,” la chica continuó, mirando sus mochilas. “¿Son yan...digo son del norte?” Por la primera vez, ella parecía estar incómoda, balanceándose en los pies como si quisiera correr, pero era incapaz de superar su curiosidad.

“Somos tejanos, y no tenemos miedo,” contestó Travis poniéndose de pie para mostrar su altura de 5 pies y 10 pulgadas. “De hecho, mi amigo es pariente de Juan Seguin. Su familia ha estado en Texas más tiempo que la mía.” Travis había estado impresionado por la historia de la familia de Roman desde que supo que era descendiente de un héroe de la Revolución Tejana.

“Sí, y más tiempo que la mía también. Mis padres son de otros estados y han dicho muchas cosas buenas sobre Senador Seguin. Disculpen mi falta de propiedad. Me llamo Nettie. ¿Y ustedes...?”

“Travis.”

“Roman.”

Los tres adolescentes se miraron en silencio un momento.

“¿No tienes miedo de venir a un cementerio sola?” preguntó Roman.

“No. A mí me gusta este lugar. Es silencioso y hay mucha paz y puedo leer y escribir en privado, que es algo que no puedo hacer en casa. Vivo en el pueblo y asisto a la escuela aquí en Baylor. Hemos vivido aquí de vez en cuando desde que yo era pequeña. Nos mudamos aquí de nuevo en '63 cuando murió Papá para que Mamá pudiera estar más cerca a su madre. Pero mi abuela murió el año siguiente. No tenemos mucho dinero, así que nos quedamos aquí en vez de mudarnos de nuevo.

Travis miró las lápidas, preguntándose si algunas eran de parientes de Nettie. Ella se dio cuenta y contestó su pregunta nunca hecha.

“Papá está enterrado en Oakwood en Huntsville y mi abuela tenía el dinero suficiente para hacer una tumba en el pueblo, enfrente de la iglesia. A ella siempre le gustaba estar en el centro de todo.

Un trueno parecía anunciar la llegada ruidosa de los hermanos de Nettie, que alardeaban y gritaban a Nettie mientras arrastraban a una chica mayor con ellos. Mientras el grupo desordenado llegaba al cementerio, sus gritos disminuyeron a susurros mientras miraron a los desconocidos y a su hermana.

“Está muy bien que hayamos venido a buscar a Nettie, queridos hermanitos, porque parece que ella se ha olvidado que tiene quince, y no cinco años. Es indecoroso que ella juegue al escondite en un cementerio,” censuraba la chica alta. Su hermoso pelo rojizo estaba arreglado en un moño en cada lado de su cabeza. Aunque su tono de voz era formal y duro, sus ojos reflejaban su preocupación por su hermana menor.

“Mary, querida, déjame presentar a dos tejanos firmes: Travis---seguro que tiene el nombre por el coronel valiente---y Roman---- un pariente del Senador Seguin. Caballeros, estos son mis hermanos: mi hermana *mayor*, Mary, una dama madura de diecisiete años, y los hermanos, los de que les advertí, Andrew, que tiene trece, William, que tiene nueve, y el bebé, Temple.”

“¡No soy un bebé! ¡Ya tengo casi siete años!” el niño del pelo moreno y ondulado gritó mientras Mary le agarró para que no pegara a Nettie por tomarle el pelo.

“¡Wao!” dijo Travis. “Cinco hijos. Tienes una familia grande, Nettie.” Él extendió la mano para darla a Andrew.

Andrew, que era casi tan alto como Travis, hizo el papel de portavoz de la familia. “Sí, y tenemos también dos hermanas recién casadas y un hermano que es héroe de la guerra, fue lastimado en Shiloh. Ahora él estudia medicina. Algun día, voy a ser parte del ejército también. Está en mi sangre. A mí me gusta una buena pelea y...”

Nettie interrumpió. “Andrew sabe disparar muy bien. Y también sabe fanfarronear.”

“¿Qué saben las chicas de los asuntos de los hombres? Oigan, Travis y Roman, quieren un poco de cecina?” Andrew sacó un trozo grande de carne salada del bolsillo de sus pantalones grises y desgastados.

“No me lo creo. Andrew, ¿guardas puerco salado en el bolsillo también?” le censuró Nettie. “¿Invitamos a esos visitantes a casa a cenar bien? ¿Qué piensas tú, Mary? A Mamá no le molestaría nada. Tía Eliza podría hacer una torta de moras y bizcochos. Y también tenemos el conejo fresco y vegetales.”

Antes de que Mary pudiera contestar, un relámpago y un trueno instantáneos hicieron que Temple corrió al lado de Mary y Nettie corrió para recoger su libro y bloque que estaban detrás de una tumba.

“Tenemos que regresar antes de que empiece la tormenta o Mamá estará preocupada,” ordenó Mary, guiando a Temple cuesta abajo. Andrew y Willie corrieron en frente de ellos, gritando como si lideraran un ataque de la caballería.

Travis miró a Roman y movió la cabeza. Mirando a Nettie, él habló rápidamente. “Tenemos que regresar. Vete a casa, y ten cuidado. Gusto en conocerte.”

“Pero...,” Nettie vaciló y sonrió. “¿Les voy a ver otra vez?”

“Es posible que regresemos,” dijo Travis, mirando a Roman, “en el futuro.” Ahora podían oler la lluvia.

Con un sonido repentino como lo del caer de las monedas, las nubes abrieron con una inundación de gotas del tamaño de un níquel, haciendo lodo de la tierra de primavera antes de que Nettie pudiera llegar al final de la colina.

“¿Vienes?” Travis gritó mientras sonó otro trueno.

“¡Seguro que no me quedo aquí!” contestó Roman mientras agarró la mochila de Travis para ser transportado al futuro.

El relámpago siguiente no era de la tormenta.

Travis y Roman estarían sorprendidos de encontrarse secos y rodeados de la luz brillante del sol de la tarde si no hubieran tenido tantas experiencias anteriores de viajar con el BPC. A pesar del tiempo o la hora cuando regresaran, siempre regresarían al mismo lugar del presente como si no lo hubieran dejado. Aún Rowdy todavía dormía tranquilamente encima de la tumba de Houston.

“Por lo menos sabemos ahora que esto no es el General Sam sino su hijo,” comentó Travis mientras caminaba con Roman por las partes más antiguas del cementerio. “Aquí es donde encontré muchas de las lápidas del año 1867. A ver si dan las fechas exactas o no.”

Roman y Travis empezaron a examinar las lápidas con más cuidado. Las lápidas de los años que no fueron 1867 tenían más información que las de 1867.

“Parece que tenían demasiado prisa para escribir mucho en las lápidas. Estoy muy curioso de saber qué pasó.” Travis pasó los dedos por una áspera lápida que había deteriorado tanto que solo un remanente débil del año quedó. 1867. Al lado, otra era igual. Una tercera, idéntica de tamaño, estaba al lado de las otras dos, sin nada escrita. Mientras Roman intentaba levantar una cuarta lápida que había caído al lado de las otras, Travis se puso de pie para ver las lápidas desde otro ángulo. Entonces vio la quinta lápida casi enterrada debajo de las ramas de un roble viejo.

“Roman, no es extraño tener cinco lápidas idénticas en una línea?” preguntó Travis con un sentido de miedo creciendo dentro de él.

Travis se agachó al lado de la quinta lápida, quitó la rama vieja, y sacudió la tierra y las hojas de la piedra. Él puso los dedos en la superficie desgastada. Su dedo seguía las marcas crudas. Dos líneas rectas y paralelas. Un guión. Dos pequeños semicírculos, uno encima del otro. Un círculo más grande. Un guión. Y luego el familiar 1867, el siete casi roto en el borde desgastado. No quedaba nada del nombre, ni un letra.

Roman se inclinó sobre su amigo, y le ayudó sacar con cuidado la lápida de la tierra. Se liberó de la tierra con un sonido chasquido, pero el base era demasiado corroído para ponerlo derecho. Entonces, ellos cuidadosamente colocaron la última lápida encima de la rama vieja que la había protegido por tanto tiempo.

“No crees que...” empezó Roman, sin poder terminar la pregunta que los dos temían contestar.

“Noviembre.” Travis limpió la mano en sus jeans. “Tenemos que regresar al 30 de noviembre de 1867. Tengo que saber qué pasó.”

“¿Al cementerio de nuevo? Solo vamos a encontrar las mismas lápidas, pero recién hechas.”

“No, creo que necesitamos ir a Independence, a la iglesia de que hablaba Nettie. Papá y yo la vimos cuando venimos aquí. Pon las coordenadas para Independence Baptist Church, el 30 de noviembre de 1867.” Travis miró a su amigo, su mirada solemne y seria. “¿Vienes conmigo?”

“Por supuesto.”

Un brillante arco iris de luz parecía llenar la iglesia silenciosa, y Nettie lo miró bailar sobre las tablas blancas de la pared arriba de las lámparas de aceite y la silla de madera grande del pastor. Los cristales rojos, azules, verdes, y amarillos de las vidrieras estaban nebulosos por la lluvia gris y fuerte que había devastado el pueblo por semanas. Ella se volteó en el banco duro de madera para ver de dónde venía la luz.

“¡Travis! ¡Y Roman! No...no les oí entrar,” Nettie saludó a los chicos con una sonrisa tierna. Ella llevaba un vestido simple de algodón negro con su pelo atado por una cinta negra. “¿Por cuánto tiempo han estado aquí?”

“No por mucho tiempo,” contestó Travis. “Esperaba encontrarte aquí.” El alivio en su voz era obvio y Nettie le miró con un ceño confundido. Él caminó de prisa a su banco y entonces recordó lo que ella había dicho de la privacidad. Él vaciló. “¿Te importa hablar un poco?”

“Claro que no. Solo es que no voy a ser muy divertida ahora.”

“Nettie, ¿Está todo bien contigo, y con tu familia?” preguntó Travis.

“Por ahora sí, pero estoy muy preocupada por Mamá. Desde que regresamos a Independence ella ha estado visitando a los enfermos y lamentando por sus amigos que han fallecido. Ella dice que no deberíamos haber ido a la granja de Maggie en Labadie en septiembre.” Nettie levantó un pañuelo blanco de algodón a su nariz e inhaló. El olor débil de alcanfor quedaba en el aire.

“¿Quién es Maggie?” preguntó Roman.

“Ella es la tercera mayor. Ella se casó con el capitán Williams el año pasado en octubre y ellos viven en el campo en una granja. Cuando la fiebre empezó a avanzar de tierra adentro desde Galveston y llegó tan cerca como La Grange, Mamá decidió ir de vacaciones en la casa de Maggie. Ahora solo estamos aquí en casa para empacar las cosas e ir a la casa de Nannie para la Navidad.”

“¿Quién es Nannie?” preguntó Roman de nuevo. “¿Otra hermana?”

“La mayor. Ella se casó con el Sr. Morrow, un comerciante rico de Georgetown, el año pasado en agosto. Ella dio a luz a una niña el junio pasado. Tía Eliza se mudó a

Georgetown para ayudarla con la niña como nos cuidaba a todos. Tía Eliza solo tenía diez años cuando nació Mamá y siempre ha vivido con ella. Mamá necesita a Tía Eliza ahora. Todos la necesitamos.”

“Bueno, pero van a estar todos con la hermana mayor de tu madre cuando van a Georgetown,” dijo Travis para consolarla.

“¿La hermana de mi madre?” Nettie frunció, confundida. “O, quieres decir Tía Eliza. No es mi tía de verdad. Es nuestra criada de casa. Mi abuela, Nancy Lea, la que está enterrada allí al cruzar la calle, era dueña de los padres de Eliza en Alabama, y ella se la regaló Eliza a mi madre. Eliza siempre decía que mi madre era su muñeca viva. Claro, Papá liberó a todos los sirvientes después de que empezó la guerra, pero Eliza se quedó con nosotros. No podemos darla mucho dinero ahora que somos más pobres, pero nunca dejaríamos que Eliza viviera sola.”

“¿Tenían esclavos? Pero pensé que dijiste que eran pobres.” Ahora Travis era el que frunció, confundido.

“Teníamos muchas casas y granjas, ya sabes, terreno. No se puede comer el terreno. Papá era unionista aunque tenía esclavos. Él perdió el trabajo cuando empezó la guerra. Bebía mucho antes de casarse con Mamá, pero creo que bebía más por la guerra. Él fue bautizado aquí en esta misma iglesia donde nació Andrew. Después de cuatro hijas, por fin tuvo un hijo segundo que le podría dar el nombre de su héroe, Andrew Jackson.” Mientras hablaba de su padre, Nettie tocaba las letras talladas en el banco en frente de ella. La madera oscura, suave por tanto ser tocado por la gente, lucía debajo de su mano pálida.

La pequeña iglesia de piedra era silenciosa salvo el tamborilear constante de la lluvia en el tejado. Nettie hablaba tan baja que los chicos tenían que inclinarse hacia ella para oírla. “Aquí adentro, trazando sus iniciales, sentada en el banco que pertenece a mi familia, en la iglesia que mi madre y mi abuela ayudaron a construir—aquí es donde por fin me siento en casa. Solo tenía once años cuando él murió. Él tenía setenta.”

Una sola lágrima se cayó en la mejilla bonita de Nettie.

“Y ahora somos pobres. Todo el dinero de Mamá eran dólares de la Confederación. No valen nada. Tío Joshua nos ofreció \$2000 de oro, pero Mamá no quiso aceptarlo. Él trabajó mucho para ganar ese dinero. Él era uno de nuestros

sirvientes también, pero Papá le dejó guardar todo lo que ganó trabajando como herrador.”

“¿Le liberó tu padre también?” preguntó Roman.

“Sí, aunque era ilegal hacerlo. Mamá dice que los hijos de Tío Joshua serán educados en la escuela y harán gran cosas algún día.”

“Entonces, ¿tienen que ir a la casa de tu hermana porque son pobres? ¿Por qué no se pueden quedar aquí?”

“Mamá dice que podemos regresar después de empezar el invierno. Es cuando normalmente acaban las epidemias de fiebres. ¡Quizás por fin podemos dejar de llevar ropa negra! Estoy harta de la lluvia y el lodo y el agua que apesta. Estoy harta de la ropa negra que me hace tener calor siempre y los trapos con alcanfor y los mosquitos. Echo de menos a mis amigos de Galveston que están en cuarentena y no pueden venir a la escuela.”

“¿Por qué tienes que vestirme de negro?” preguntó Travis.

“Hay funerales cada semana. A veces es alguien a quien conocemos, a veces es alguien a quien nadie conozca. Hoy enterramos a una familia de cinco inmigrantes de Alemania. Ellos iban de Indianola a Nuevo Braunfels cuando decidieron ir a Waco. El Sr. Cole dice que no estaban en cuarentena el tiempo suficiente, pero habían estado esperando tres meses y parecían estar sanos hasta llegar a Independence. Ellos se murieron una semana después de enfermarse.”

Travis y Roman intercambiaron miradas.

“Mamá dice que viajaban después del atardecer porque tenían prisa y se enfermaron por los vapores de la noche. Por eso llevo ese trapo de alcanfor, para guardar contra los gases de las ciénagas.” Nettie ondeó el pañuelo pequeño con su olor de medicina.

“Pero no hay ciénagas aquí,” dijo Travis.

“¡El pueblo entero es una ciénaga! ¿No han visto las zanjas y letrinas sobrellenados? El río Brazos ha estado desbordando sus orillas todo el verano y la lluvia no ha parado por más que tres días seguidos desde junio.” Nettie miró anhelante al las vidrieras al lado de la pared del oeste. “Creo que eso es lo que más echo de menos.”

“¿Qué?” preguntaron Roman y Travis simultáneamente.

“El sol. Quizás si brillara un poco el sol, todos se mejorarían. Creo que el sol hace que la gente sea más sana, pero todos quedamos encerrados adentro donde el aire es tan estancado como el campo de algodón al lado del río. Mamá dice que el malestar entra hasta en los huesos hasta que no puedas ni levantarte de la cama. No me sorprende que la gente deja crecer la fiebre hasta tener los vómitos negros o la ictericia.”

“¿No puedes tomar medicina?” preguntó Roman.

“Hay quinina, calomel, aceite de castor, aceite de pimienta, agua de cloro, pero nada funciona todo el tiempo. No puedes saber si serás el que quemará por la fiebre por días y luego se despertará con inmunidad o el que se enferma un día y se muere el siguiente. Solo sé que no puedo quedarme en casa todo el día. Si me pongo enferma, no dejaré que nadie me desangre. Lo hicieron a Papá y creo que eso es lo que por fin le mató.”

Travis estaba a punto de preguntarle a Nettie de lo que estaba hablando cuando de repente Andrew entró corriendo en la iglesia, parándose al lado del banco, con una mirada frenética.

“¡Nettie! ¡Te he buscado por todos lados! ¡Ven, córrale!” Andrew respiró con dificultad después de haber corrido. “Mamá se desmayó.”

Nettie se puso la mano a la boca con una mirada de terror. Sin decir nada, ella quitó la cinta negra de su cabello y la puso en la mano de Travis. Ella salió corriendo detrás de Andrew. Roman y Travis les miraron cruzar la callejuela llena de lodo y baches y entrar en una casa de dos pisos a una cuadra de distancia de la iglesia.

Travis miró al banco donde se había sentado Nettie, trazando las iniciales de su padre. Él trazó las “S” y “H” y después caminó al otro lado de la iglesia, junto a la pared del este. Un letrero pequeño estaba pegado al final del banco. “Reservado para la familia Houston.”

“¿Eso quiere decir lo que creo?” preguntó Roman mientras leía el letrero. Miró las iniciales talladas y añadió, “¿Sam Houston?”

“Roman, hemos resuelto el misterio de las cinco lápidas, pero hemos encontrado todo un cementerio más.”

“Sí, y creo que es mejor investigar estas adivinanzas desde un lugar seguro y sin fiebres—como el siglo XXI. ¿Listo, Travis?”

Travis agarró la cinta negra en su mano. “Listo o no, creo que debemos irnos....Escucha, ha dejado de llover.”

Un rayo de sol agujereó las nubes e iluminó las vidrieras simples. Cientos de reflejos de colores de joyas aparecían en los oscuros bancos de madera. Por un momento, los colores de zafiros, esmeraldas, oro y carmesí mezclaron con el relumbrón de varios colores que era el regreso de los chicos por el BPC. Al atardecer cientos de murciélagos hambrientos aparecieron, volando desde las colinas hasta el centro mismo de Independence.

Travis y Roman estaban en la intersección de las carreteras 50 y 390. No había tráfico en las dos carreteras estrechas mientras el sol lentamente pasaba hacia el horizonte. Ellos habían puesto las coordenadas para el atardecer del 21 de abril de 2002, y sabían que el tiempo sería cálido y seco.

El área al otro lado de la calle estaba vacía salvo un pequeño edificio de piedra encima de una pequeña colina. Travis y Roman fueron al edificio y encontraron la única entrada en el lado que no daba a la calle. Las tablas ásperas que formaban la puerta a la estructura vieja dejaban entrar poca luz y no se podía ver bien adentro.

“¿Crees que podemos abrirlo?” preguntó Roman. “¿Qué habrá adentro?”

“Debe de ser la tumba de la abuela de Nettie. ¡Mira, la aldaba no está puesta!”

Travis abrió la puerta con cuidado mientras Roman dudaba de lo que hacía, “Espera, Travis, esa es *la tumba* de alguien. No debemos entrarla. No sabes lo que vamos a encontrar allí...” dejó de hablar mientras miraba alrededor de Travis.

“Quizás no es lo que pensé,” dijo Travis.

Telarañas colgaban de un estante sucio que iba hasta la mitad del edificio pequeño. Tablas se apoyaban en las paredes y sillas cubiertas de polvo estaban tiradas en el suelo. Una caja grande y arruinada estaba en el estante crudo.

“Vámonos, Travis,” susurró Roman. Él sabía que la curiosidad de su amigo le podía llevar al peligro.

“Tranquilo, Roman. Si hubiera alguien aquí, habría una lápida o un letrero y no lo dejarían abierto.” Travis entró en el edificio, agachándose para pasar por la puerta baja. La tapa de la caja se había hundido y Travis podía ver que el ataúd estaba vacío. “Está vacío, Roman. Puedes entrar ahora, cobarde.”

“Sí, claro,” contestó Roman, cerrando la puerta de un golpe, levantando el polvo y dejando a Travis en la oscuridad. Roman saltó atrás cuando Travis abrió la puerta, jadeando y farfullando y se acercó a su amigo.

“¡No hagas payasadas!” gritó Travis. Roman se rió mientras Travis recuperaba la compostura. Roman empezó a caminar alrededor de la cerca de hierro que conectaba dos esquinas del edificio, haciendo un cercamiento pequeño.

Travis cerró la puerta y siguió a su amigo al otro lado del edificio.

“Tía Letha, Tía Eliza,” Roman murmuró los nombres. “No ponen fechas.”

“Nancy Lea,” leyó Travis, “Ésta es la abuela de Nettie.”

“Margaret Lea Houston,” leyó Roman, “Ésta debe de ser su madre. Mira las fechas: desde el 11 de abril de 1819 hasta el 3 de diciembre de 1867.”

“El 3 de diciembre. Es solo tres días después de que vimos a Nettie por la última vez. Tres días después de que se desmayó. ¿Qué crees que...?”

De repente un viento fuerte golpeó los robles altos alrededor de la iglesia. Los remanentes secos y marrones de las hojas del año pasado se cayeron ruidosamente y rolaron al otro lado de la calle, cerca del cementerio. La campana vieja de bronce de la iglesia sonó suavemente, como un eco del pasado. Los chicos sorprendidos se dieron cuenta de que había un museo pequeño detrás de la iglesia.

“Encontraremos muchas respuestas allí,” sugirió Roman.

Travis miraba hacia el tejado de la iglesia, donde un animal pequeño y oscuro tiraba y volteaba en un vuelo espasmódico. Roman siguió su mirada.

“Un murciélago, dijo Roman.

Travis parecía estar hipnotizado por las maniobras aéreas del murciélago hasta que el ladrar de un perro en la distancia interrumpió su ensueño.

“Rowdy, tengo que ver cómo está Rowdy. Debemos regresar a la hora real, Roman. El museo parece estar cerrado ahora por todos modos. Podemos regresar otro día.”

“Sí, cuando queramos.”

Travis sintió la cinta de Nettie en su bolsillo. “Aún en 1867.”